

Seguridad ciudadana y Estado policíaco*

Cristian Candia Baeza**

Desde un punto de vista general, la necesidad creciente de seguridad hunde sus raíces en un cambio general de la manera de percibir la realidad. La crisis del relato unitario y la sucesión de muertes por falta de fundamento (muerte de los proyectos utópicos, del ideal revolucionario, de la manera clásica de entender lo político, etc), han generado una crisis profunda en el hombre de nuestro tiempo. Existe la sensación generalizada de que las concepciones precedentes ya no se sostienen, y que es necesario volver la mirada hacia algo nuevo, que aún se ha configurado. Si el (los) relato(s) unitario(s) asignaba(n) los sentidos y fundaba(n) la seguridad de nuestras creencias, la fragmentación de todos los discursos induce la sensación de indefensión y aislamiento.

La crisis de los metarrelatos trae consigo el abandono de los espacios que constituyeron el basamento necesario de la reflexión crítica. Si antiguamente la ciudad era el lugar **desde** donde y **hacia** donde se pensaba la política, hoy en día no es más que el espacio necesario para la producción y transacción de las necesidades cotidianas. El repliegue de las personas hacia lo privado marca una crisis profunda en el ejercicio de la ciudadanía. El sentimiento de inseguridad crece en la misma proporción en que aumenta la distancia entre el espacio de lo público y lo privado. Al cortarse los lazos comunicacionales, el espacio público se convierte en la vasija donde van a parar todas las inseguridades; el otro no se presenta como alguien confiable, sino como el rostro difuso de la peligrosidad.

Ausente el ciudadano de la cosa pública, es fácil constatar que la toma de decisiones en la polis es realizada por un número reducido de actores. El hombre común no sólo delega, sino también olvida por completo el marco estructural en que se toman las decisiones sobre su propia vida. Un ejército de especialistas –altamente mediatizados y tecnologizados– diseña las políticas públicas atendiendo a una determinada funcionalidad, y no al antiguo concepto de “vida buena”. Esto se traduce en una creciente falta de responsabilidad frente a los resultados de dichas políticas.

Los cambios globales implican una transformación del ethos social, orientándolo hacia un individualismo creciente, para el cual “estar en el mundo” se caracteriza por la defensa de las necesidades, privilegios y bienes personales. Los conceptos de solidaridad, fraternidad, sentido de pertenencia, identidad cultural y reciprocidad, no logra realizarse, sino muy limitadamente, en las conductas de los habitantes de un mundo cada vez más disperso y fragmentado. Por lo tanto, es natural que la desconfianza sea la moneda de cambio que regula el comportamiento cotidiano en las grandes ciudades.

Al interior de este proceso, la creciente necesidad de seguridad se manifiesta como un requerimiento epocal. Sin embargo, esta constatación no significa validar los procesos de apropiación y re-significación que se vienen realizando en nuestra cultura. La mayoría de ellos legitiman una lógica encubierta que conlleva dispositivos ideológicos tendientes a restringir libertades públicas, homogeneizar identidades,

excluir segmentos sociales, conformar la opinión pública, determinar los itinerarios de los gobiernos de turno y, finalmente, gobernar de la mano del miedo.

Seguridad: cuanto más hay más se necesita.

La inseguridad del ciudadano medio se ha convertido en una constante de la sociedad postindustrial. La crisis del Estado de Bienestar ha implicado el empobrecimiento de la significación del trabajo, disminución de los planes sociales, y una competitividad ciega, precedida por procesos crecientes de desigualdad. Todo esto ha aumentado la sensación de desamparo y de carencia, lo cual obstaculiza la posibilidad de una sana convivencia. A esto se agrega que el hombre de nuestro tiempo ha tenido que acostumbrarse a un cierto malestar causado por el ritmo vertiginoso y agresivo de las grandes ciudades. En estas condiciones, es natural que la búsqueda de seguridad se convierta en una de las prioridades fundamentales de la cultura. Sin embargo, hay un abismo de distancia entre dicha necesidad y la sobresignificación que ha adquirido el vocablo seguridad en nuestra cultura.

Los presupuestos en seguridad (pública y privada) han crecido en forma desmedida en los últimos veinte años. Pareciera que una suerte de fiebre se ha posesionado de las grandes ciudades. La seguridad es hoy una prioridad en cualquier programa de gobierno que desee llegar a buen término. Pero nada de esto es suficiente, puesto que prevalece en el imaginario del hombre común la sensación de que se encuentra absolutamente indefenso frente a un peligro inminente. Mientras mayor sea el despliegue de seguridad, mayor la percepción de su ineficacia. La paradoja de nuestro tiempo es que mientras más seguridad hay, más se necesita. Pero esto es una paradoja sólo para quienes no comprenden el engranaje interno de la seguridad.

Diversos estudios convergen en la conclusión que no existe una relación entre el alto grado de sentimiento de inseguridad de las personas y el real riesgo de ser víctimas de un hecho que atente contra su seguridad. Peor aún, tal desfase entre la sensación de temor y la posibilidad concreta del riesgo, no sería fruto de un error de percepción, sino más bien, ha sido producido y se mantiene por la acción de una estrategia, basada en determinados intereses. Obtener beneficios mediante el recurso del miedo no es una práctica nueva en nuestra cultura, sólo que hoy pareciera que ha alcanzado niveles de sofisticación nunca antes vistos.

Es posible explicitar el dispositivo de seguridad analizando tres ejes: **la construcción cultural del miedo, su diseño arquitectónico** y su posterior **administración**. La construcción cultural del miedo se genera, principalmente, mediante el uso sistemático de los medios de comunicación. Habiendo una concentración de poderes capaz de controlar la estructura mediática de una sociedad es posible condicionar u orientar la opinión pública, de modo que los escenarios de discusión sean propicios a una estrategia centralizada. El miedo es una sensación consustancial al hombre y está asentado en sus niveles más profundos. Por ello es fácil provocar un proceso de identificación, si el dolor de cada una de las víctimas de la delincuencia es expuesto en el reticulado público y privado de las personas.

En este tema, la función de los medios contribuye a debilitar los lazos societales en los que se basa la convivencia social. Se trata de generar desconfianza, y de insegurizar a partir del quiebre de los vínculos. El imaginario colectivo de cualquier ciudad esta poblado de señales que se orientan a desconfiar del otro, anticiparse al peligro, identificar al sospechoso, perseguir al disidente, disciplinar al discolo,

homogeneizar la diversidad, controlar cualquier desborde y vigilar constantemente al vecino. En estas condiciones, se entiende que el clima de desconfianza se propague como una mala noticia.

Correspondientemente, el diseño arquitectónico de la ciudad, cada vez más, se parece al de una ciudad sitiada. El concepto de "espacio defendible" prima sobre el de espacio comunitario. Estamos lejos de las consideraciones humanistas sobre el "espacio público" como lugar de esparcimiento, socialización e intercambio. Hoy, todo espacio debe ser defendido para poder ser habitado. La proliferación de rejas, casetas de guardias, focos y cámaras de vigilancia, son sólo el rostro más explícito y grosero de un dispositivo general tendiente a distribuir el cuerpo social conforme a ciertos parámetros espaciales, prefijados por un modelo de seguridad. Si en un principio el énfasis se puso en la segmentación de los barrios ricos y pobres, cada vez más separados entre sí; actualmente la aumento de complejidad es producida por la diversificación interior del modelo. La figura más característica parece ser el condominio: un espacio que une confort, seguridad y autosuficiencia. Actualmente, poseen piscinas, gimnasios, plaza y juegos; mañana podrá contar con bancos, clínicas y colegios, de modo de disminuir crecientemente la necesidad de salir de este espacio protegido.

Para los que no pueden habitar en condominios, el mercado les ofrece espacios públicos protegidos, los cuales constituyen espacios sustitutivos del sueño de seguridad y confort. Son los mall: gigantescas construcciones rectangulares, que por fuera no se asemejan a nada que el hombre haya construido anteriormente, pero las cuales en su interior simulan una ciudad imaginaria con sus calles y vitrinas al alcance gratuito de las miradas. Si hay una alternativa al ejercicio inseguro de la ciudadanía, es la posibilidad ilusoria de resguardarse e igualarse en el consumo. El peligro que ronda las calles de su barrio está ausente en la sonrisa tecnicolor de las mercaderías ofertadas. El mall es también el espacio protegido donde ha ido a parar el arte: las ofertas de teatro, cine, danza y música, no hacen sino multiplicarse conforme se consolida el modelo.

Tributario, también, del orden estructural de la ciudad, es la existencia de una estética mínima que convive con una seguridad máxima cuando se elige el diseño arquitectónico de los espacios públicos y privados. No tiene sentido preguntarse acerca de la belleza, cuando finalmente el criterio que se impondrá será el de seguridad. Si se planifica una separación territorial, y se puede elegirse entre una demarcación natural (supongamos un arbusto florido) y una reja de tres metros con sus respectivas puntas amenazantes, no cabe duda cual elegirá el vecino de un barrio cualquiera. Tal vez, todavía alguien pueda sorprenderse cuando un alcalde de la misma respuesta, cuando se trata de demarcar los límites de una Biblioteca Nacional. Pero el asombro en este caso no es más que ingenuidad, la estética es un factor subordinado en la arquitectura contemporánea. Se requiere una estética mínima para mantener una seguridad máxima.

Si es posible construir socialmente una cultura del miedo por medio del uso interesado de los medios de comunicación, también es posible administrar dicho miedo para obtener el mejor provecho tanto político como económico. Los años de 1999 y 2000 fueron tiempos de crisis económica para Chile. Gran parte de las empresas terminaron con saldos negativos, salvo un tipo de empresas: las de seguridad. Estas incrementaron sus ganancias en forma desmesurada, en el mismo tiempo. Los guardias de seguridad, cámaras, alarmas y armas, son el negocio más exitoso de los últimos tiempos. Administrar el temor no es algo difícil para quienes tienen

experiencia en ello y si uno observa hoy, la composición orgánica de las empresas dedicadas al rubro, puede darse cuenta que sus actores son los mismos que anteriormente, en los regímenes autoritarios, disponían a su arbitrio de la "seguridad pública" del país, por tanto su oficio, lo desarrollan con un "profesionalismo" que no admite competidores.

Sin embargo, el arte de administrar el miedo tiene su máxima complejidad cuando se busca obtener beneficios en el ámbito político. Se sabe que gobierna el que es capaz de modelar el itinerario de una nación, y luego presentarse como el único capaz de dar respuesta a tales requerimientos. El paso desde el temor a la necesidad de seguridad se traduce, fácilmente, en una opción política. Quienes administran el miedo también administrarán en el futuro el sueño de una vida segura.

El tránsito de la seguridad nacional a la seguridad ciudadana

En el contexto de un escenario signado por la desconfianza, en el cual la toma de decisiones acerca de las políticas públicas se realiza en esferas reducidas, alejadas absolutamente del ejercicio de la ciudadanía, es natural que se produzcan formas de concentraciones de poder eficaces en la gestión de estrategias políticas y económicas, tendientes a legitimar un determinado modelo de sociedad. De esta forma, la administración del miedo sería el rostro mediático de un proceso mucho más complejo de construcción de sistemas de poder.

Si hasta los ochenta en Chile se legitimaba un gobierno autoritario sobre la base de la existencia de una amenaza para el Estado; en los noventa, el poder se condensa sobre la base de una estrategia igualmente defensiva, pero de distinto cuño. El peligro no vendría de los enemigos del Estado y las instituciones públicas, sino de la necesidad de seguridad de la sociedad en su conjunto. El paso de la defensa del Estado a la inseguridad de la sociedad civil, marca también el paso de una estrategia de seguridad nacional a una de seguridad ciudadana.

La seguridad nacional obligaba a un ejercicio permanente de tipificación de su enemigo: en la medida en que se situaba con claridad el peligro que nuestras instituciones corrían por parte de los partidos de izquierda -que según rezaba la consigna, buscaban extender su ideología totalitaria y socavar con ello las bases de la estabilidad y el orden existente-, lograban legitimar sus políticas de exclusión, represión y suspensión de libertades públicas. En medio de una guerra no declarada se perseguía sin contemplación al disidente. Se lo perseguía de cuerpo presente (cuerpo vigilado, torturado, exterminado y desaparecido), y a través de su imagen simbólica (el subversivo; sin patria, dios ni ley). Pero, en esta estrategia se le perseguía también, para nunca atraparlo del todo; para instaurar una amenaza permanente que perpetuara la existencia del guardián.

Actualmente, la seguridad ciudadana, es el nombre de la respuesta de la sociedad organizada contra la ciudad insegurizada. Corresponde a la necesidad de promover una estrategia de conjunto ante la sensación generalizada de inseguridad. También es la reedición de la idea de seguridad nacional; el enemigo interno ha cambiado de rostro, su perseguidor deberá hacer lo mismo. Se trata de administrar y curar el miedo que habita en cada ciudadano de fin de siglo, de conducir el temor por los caminos seguros del control y la vigilancia. Un ejemplo claro de ello, es que desde el comienzo, el énfasis ha sido puesto en el concepto de "seguridad", muchas veces aislándolo completamente, del de ciudadanía. De tal forma, el resultado final, será propiciar un **estado policial**, capaz de enfrentar exitosamente el peligro permanente que involucra el ejercicio de la ciudadanía.

Sin embargo, hay una diferencia fundamental, pues la seguridad ciudadana surge en un contexto democrático, por tanto deberá validar su existencia mediante el reconocimiento público y masivo. Las antiguas dictaduras podían operar a espaldas de la opinión pública, hoy en día se exige transparencia; pues bien, con el manejo de los aparatos comunicacionales, la ausencia de una ciudadanía crítica, el poder del dinero y muchísima astucia, ha sido posible convertir la necesidad de seguridad (de una particular y nada inocente forma de concebir la seguridad), en la principal preocupación del Estado. Se ha instaurado la seguridad ciudadana como la representación de un interés colectivo; el acceso a una vida segura, es sin duda, el mayor logro de quienes hoy ejercen el control del escenario político.

De esta forma, quienes conducen el proceso –desde el gobierno y desde las redes de poder que preconfiguran las políticas del gobierno- ejercen esta representación de la voluntad general, mediante un dispositivo diversificado: a) la organización del suceso delictivo, que comprende su significación social, su penalización, su origen, su necesario castigo, su serialización en la estadística permanente, su instauración en el imaginario colectivo de la gente y finalmente su estigmatización en el temor recurrente de la víctima); b) la formación de cuerpos especializados y abocados por completo a la coordinación de acciones de prevención, estudio y corrección del delito; c) el desarrollo de estrategias comunicacionales tendientes a convertir el tema de la seguridad como la problemática principal de la ciudadanía. Y, finalmente, la penetración constante, en el entramado político que toma las decisiones sobre el funcionamiento interior del Estado.

La estrategia seguida para convertir el tema de la seguridad en la obsesión de nuestro tiempo se desarrolló en dos fases. La primera estuvo orientada a ubicar el problema al interior de un marco jurídico y policial, restringiendo el problema de la seguridad a una cuestión delictiva. La segunda, consistió en presentar la solución del problema como una cuestión técnica referida al control y sanción del delito. Restringir el tema de la seguridad ciudadana al plano jurídico y policial implica una construcción equivocada y malintencionada del problema. Los factores que insegurizan la vida en la sociedad moderna son de distinto orden, y se relacionan, en su mayor parte, con el ejercicio de la ciudadanía. Algunos se refieren a la salud pública (pensemos en las epidemias, los efectos de la contaminación en la población más vulnerable o el acceso desigualitario a la salud primaria); otros están referidos al mundo del trabajo (aumentos significativos de la cesantía, un Estado ausente en la regulación del comportamiento empresarial). La lista de los factores que, realmente, generan inseguridad al habitante común de las grandes ciudades, podría ser larga y más difícil de precisar, puesto que los esfuerzos investigativos han descuidado escandalosamente esta materia.

Sin embargo, el camino seguido fue otro, el de situar la problemática al amparo de un dispositivo técnico-jurídico. Se trata de convertir el cuerpo social en cuerpo victimizado, multiplicando mediáticamente la figura del miedo hasta que no haya persona que no se sienta vulnerable a esta amenaza permanente. La cara sucia del delincuente desciende hasta lo más íntimo; lo siniestro se encuentra habitando en nuestra propia casa. Con razón se hace necesario vigilar la conducta de los propios hijos, tal vez se hace necesario desconfiar de nosotros mismos, puesto que podríamos ser tentados por el vicio o la actitud insana. Se instala en nuestro imaginario una microfísica del temor que corresponde a una microfísica del ejercicio policiaco.

Aquí es donde entra la segunda fase de la estrategia que administra el delito. Los ciudadanos cegados por el miedo abren sus barrios, sus casas y sus propias conciencias al ojo profesional que neutraliza el peligro. La misma voluntad que administra el miedo se ofrece como la salvación necesaria. Nada representa mejor esta estrategia que la postura de la "tolerancia cero": un despliegue de poder diseminado en redes microfísicas que se insertan en el corazón de la convivencia cotidiana. El delincuente instalado dentro de nuestra casa exige la presencia de este otro huésped, el cual llega con toda su parafernalia salvadora. De esta forma, se cumple una triste profecía, la instauración de una sociedad segura al amparo de un estado policiaco.

* Este artículo fue elaborado desde la discusión del Grupo Pensamiento Político y Teoría Crítica del Observatorio del Bien Común de la Universidad Bolivariana. El autor agradece los aportes de los otros integrantes del grupo: Luis Corvalán, historiador; Antonio Elizalde, sociólogo; Nancy Luco, profesora; y Mauricio Rodríguez, sociólogo.

** Licenciado en Filosofía en la Universidad de Chile y candidato al Doctorado con mención en Ética y Filosofía Política. Investigador de la Universidad Bolivariana.